

COMENTARIOS

A FALTA DE PAN BUENAS SON FERIAS

Las ferias son, de acuerdo con la acepción salvadoreña del término, sitios donde se vende yuca con chicharrón, algodón de dulce y globos de colores; donde las aglomeraciones, los gritos y la música estridente encuentran su habitat natural. Todo esto y mucho más se encuentra en la Décima Feria Internacional de El Salvador. En otros tiempos ese brillante apellido de "Internacional" significaba que venían empresas del exterior a comprar nuestras mercaderías y a vender las suyas, hoy significa que la música estridente es en inglés. Antes, la principal diversión eran las máquinas industriales venidas de Europa y Estados Unidos y las grandes ofertas de las empresas centroamericanas. La Feria era un sitio de transacciones comerciales. Hoy es un gran bazar donde se intercambian chucherías.

La Feria, es en su primera acepción, una especie de circo. En su segunda acepción, ya con el apellido "Internacional" se asocia más con las relaciones públicas y el maquillaje. Al querer crear una imagen, es decir, al querer inventarse un El Salvador que no existe, la Feria dice mucho sobre la actual crisis económica. En el piso superior del edificio principal se encuentran los puestos de los principales ministerios y otras instituciones gubernamentales. Los ministerios "proyectan su imagen" con la ayuda de máquinas de video-tape, señoritas uniformadas y maquetas de colores vibrantes, pero evitan con cuidado cualquier referencia a la dolorosa realidad que estamos viviendo. En el puesto del Ministerio de Economía, por ejemplo, no hay forma de enterarse de qué hace ni para qué sirve dicha entidad, las jóvenes señoritas que trabajan en la feria no

parecen ser ni parientes de los burócratas de mediana edad que pierden el sueño pensando en la forma de evitar que la situación económica se deteriore aún más. En el puesto del Ministerio de Agricultura hay, entre otras cosas, una iguana y un hueso de cachalote. Parece ser que a las autoridades de ese ministerio ya se les agotaron las ideas para desviar la atención del lamentable estado de la agricultura nacional. El Instituto Salvadoreño de Turismo expone una maqueta del desarrollo turístico de Sihuapilapa, una idea que se abandonó hace varios años y de la cual solamente quedó la maqueta. Las exhibiciones del gobierno no se limitan a ese piso del edificio principal. Por algún motivo la Subsecretaría de Cultura, Juventud y Deportes cuenta con dos pabellones completos en el campo de la feria. No es el Ministerio de Educación, sino la subsecretaría controlada por ARENA la que recibe toda esa atención. Una rama gubernamental que ha visto su presupuesto recortado, pretende dar la impresión de que goza de una gran importancia. Es comprensible que la falta de expositores haya inclinado a los organizadores de la Feria a poner exhibiciones de relleno, pero llama la atención ver cómo una subsecretaría con un presupuesto mínimo sabe aprovechar la ocasión para darse aires de grandeza.

La policía nacional también entró al juego de las relaciones públicas demostrando una cierta habilidad para competir dentro del mundo del espectáculo. El pabellón cuenta con auténticos policías vestidos de verde, un coche radiopatrulla cuyo motor se enciende y una simpática moto donde se pueden subir los niños. También hay

una máquina de cine y otra de televisión con instructivos programas sobre las drogas. Para completar la exhibición hay una pequeña pista para que los asistentes más jóvenes aprendan las reglas de tráfico. Los policías son corteses y muestran una considerable paciencia ante las exasperantes demandas de los niños. No hay nada que diga que esa policía trabaja en un ambiente de guerra civil y dedica la mayor parte de sus energías al conflicto. Mucho más significativo es que la misma policía tenga otro pabellón para los efectivos que se han destinado a proteger las instalaciones de la Feria.

Las diferentes empresas expositoras también están ahí para poner la mejor cara posible, con la diferencia que ellas, para vender sus productos, tienen que mostrarlos. Algunas grandes empresas se han esforzado por instalar exhibiciones atractivas y, dada su capacidad para contratar los mejores decoradores, han tenido bastante éxito en su cometido. Todo esto no sorprende. La nota nueva y, hasta se puede decir, admirable, es el esfuerzo hecho por los pequeños empresarios. Las industrias de la confección, calzado, muebles, comestibles, y otras han visto el surgimiento de nuevas empresas pequeñas que luchan por encontrar un sitio dentro del mercado. Muchos tratan de llenar el hueco que ha quedado con la disminución de las importaciones. Lo obvio es la inquietud por trabajar y por hacer algo productivo. Los salvadoreños son trabajadores, sobre esto no cabe la menor duda. El afán por hacer algo se encuentra a todos los niveles. Desde antes de entrar a la feria se ven ventas de todo lo imaginable, desde entradas a las instalaciones con un sobrecargo del 10%, hasta unos artilugios de papel que están a medio camino entre serpentin y bastones que parecen haber encontrado el favor de los niños. Lo conmovedor es la pequeña escala de todos estos esfuerzos. Provoca admiración el ver cómo muchos se esfuerzan tanto para lograr tan poco. La economía salvadoreña no está para albergar grandes sueños y nuestros empresarios así lo comprenden. En general, los productos están destinados a satisfacer las necesidades más básicas y no a alimentar fantasías. Esa actividad febril que se ve a las afueras de la Feria no es sino un triste comentario sobre la situación del desempleo.

Los pabellones de países extranjeros también parecen hacer un comentario sobre lo que esperan vender en El Salvador. Muchos países simplemente se abstuvieron de asistir, otros han reducido su presencia a su mínima expresión, y a otros ha habido que inventarles una exhibición no oficial. Tal es el caso de las botellas de vodka que se hacen pasar por la participación de Rusia, Polonia y Finlandia. Venezuela, Colombia y otros presentan unos cuantos productos, pero sus exhibiciones carecen de convicción. El desgano se extiende hasta los países de Centroamérica. Honduras y Costa Rica tienen muestras simbólicas que parecen mostrar la poca fe que tienen sobre la posibilidad de vender en El Salvador. Nicaragua no asistió, y al parecer los organizadores de la Feria no consideraron necesario paliar su ausencia exponiendo unas cuantas botellas de ron.

Los bazares son parte del atractivo. Productos importados que no habían sido vistos por largo tiempo están a la venta libres de impuestos. Los que lograron saber a tiempo sobre la exención tributaria y consiguieron un puesto en los bazares, están haciendo su agosto. Los comerciantes han tenido un respiro al poder importar algunas mercancías; y para los clientes de vinos, quesos, whiskey y ese tipo de cosas, los bazares parecen decir que los bellos días del consumo conspicuo no se han ido para siempre. En fin, los bazares son una pequeña válvula de escape, una concesión mezquina dentro de la adversidad. Una Feria en la cual antes se llevaban a cabo transacciones a gran escala, se ha convertido en pretexto para traer unos cuantos bienes importados que se venden en un bazar que hace honor a su nombre.

Al fin y al cabo la Feria cumple con su cometido. Es un circo cuya popularidad ha sido comprobada por la gran asistencia que ha tenido, como Feria compite con la de agosto. Por otro lado, llena el papel de decir algo sobre la situación económica del país, aun cuando esta misión la lleva a cabo de manera un tanto oblicua.

H.L.F.